

El río Ouest corría silenciosamente entre las dos colinas en el paso de Port-Corbeau.

El cielo estaba negro.

Llegaba la noche, pesada y calorosa después de un día abrasador.

A medida que iban aumentándose las sombras, veíase á lo lejos encenderse las luces de ese cordón de pequeñas montañas que forman como una especie de aureola á los pantanos de Glenac.

Aquellas luces podían contarse por el número de aldeas próximas á los pantanos. Cada parroquia tenía la suya. Un extranjero que llegara de Redon por el camino de Gacilly, hubiera podido creer que se habían prendido cinco ó seis fuegos á la vez en todas las aldeas del cantón.

Pero para las gentes del país aquellos lejanos resplandores no tenían nada de siniestro. Al contrario, significaban alegría y contento para los hombres, y para las muchachas concierto solemne y danza en la plaza del ayuntamiento.

Para todos el tonel de sidra adornado de frescos ramajes de castaño colocado delante de la puerta de la iglesia.

Era el 26 de agosto de 1820.

Se festejaba á San Luis en honor del rey Luis XVIII.

De todos los fuegos artificiales, el mejor y más brillante era sin contradicción el de la parroquia de Glenac, prendido en los establos de Penhoel debajo del castillo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

### XIII.

#### LA FIESTA.

Habían trascurrido tres años desde la noche de la tempestad, en que el joven Mr. Roberto de Blois y su criado Blas habían pasado por primera vez los umbrales del castillo de Penhoel.

Declinaba el día.

Los pantanos ocultaban ya su vasta verdura, cortada en diferentes puntos por pacíficos arroyos.

En el mismo sitio en que hemos visto la barca de Benito Haligan arrastrada por la inundación furiosa, pacían tranquilamente por el césped los flacos ganados de Glenac.

Habia por lo menos cincuenta cohetes y una docena de petardos. René de Penhoel, *maire* de Glenac, en persona, habia prendido fuego con ayuda de la antorcha azul ferrada de plata. La llama subia hácia el cielo, alumbrando á la vez el castillo nuevo, las antiguas murallas góticas y la torre del primogénito.

En torno reían los aldeanos bebiendo y bailando. Poco mas lejos, en las jardines iluminados del castillo, bullia la parte noble y la clase media de la comarca. La *sociedad* tenia tambien su fiesta.

Penhoel al hacer colocar una mesa al aire libre para los aldeanos de sus granjas, habia abierto sus salones á los caballeros de las cercanías.

Habia allí festin é iba á comenzar el baile.

No se veían en las calles del jardin mas que trajes deseda antiguos y hermosos trajes de campesinos. El vino de Penhoel era bueno, la sidra escelente; losnobles huéspedes del jardin rivalizaban en buen humor con los convidados que estaban al aire libre lo mismo que los brindis prodigados luchando en brillantez con el fuego.

Era un buen dia para todo el mundo, y nadie dudaba que el señor de Penhoel hacia bien las cosas cuando se ponía á hacerlas.

Todas aquellas luces estendidas con profusion por la parte en que se elevaba el castillo, contrastaban con las terribles tinieblas, iluminado la colina en una noche aun mas profunda que de ordinario.

La puerta que bajaba á Port-Corbeau estaba sumida en completa oscuridad.

Los retoños de los castaños parecían un gran tapiz negro, á cuyos bordes colocaba el Oust una estrecha y argentada franja.

La pendiente cuesta que terminaba en la falda de la montaña, estaba en la mayor oscuridad; ningun reflejo llegaba á ella, y apenas algunas veces bajaban allí como un murmullo perdido los ecos lejanos de la fiesta.

En medio de aquellas tinieblas y del silencio, se veía sin embargo, á través de las ramas de los castaños, una pequeña luz rojiza, oyéndose á largos intervalos como un grito sordo.

El resplandor y el grito salían ambos de la cabaña de Benito Haligan el brujo, cuya gran puerta estaba abierta.

Piedad hubiera causado ver tan cerca de aquella brillante alegría la escena solitaria y desolada que tenia lugar en la habitacion del pobre barquero.

El interior de la cabaña estaba tal cual la hemos visto en la primera parte de esta historia; un mal lecho entre paredes desnudas y húmedas, de que pendían en diferentes partes algunos instrumentos de pesca.

Pero la cama parecia aun mas miserable que otras veces.

Las paredes se habian llenado de grietas y las redes colgaban hechas pedazos.

Benito Haligan parecia haber sufrido el efecto

del tiempo mas cruelmente todavía que su arruinada cabaña.

Estaba tendido en la cama, estenuado como un espectro, abierta la boca y fijos los ojos. Su aliento sonaba en la garganta, y gruesas gotas de sudor frio brillaban en sus pálidas mejillas á través de los largos y canosos cabellos de su barba.

No se movia. Unicamente cuando estallaba un petardo en lo alto de la montaña, se movian sus labios lentamente.

Murmuraba una oracion por los azules que habian muerto en los campos durante la guerra de la chuanería.

Hacia muchos meses que el pobre barquero yacía en su lecho de sufrimiento. Desde mas de dos años no habia puesto el pié en la barca, cuya llave estaba entonces en el castillo.

Su agonía, demasiado larga, habia gastado á la vez la compasion y el terror supersticioso de las buenas gentes del país.

Ya no se le temía, á pesar de que pasara siempre por brujo, habiendo olvidado sus vecinos el camino de su cabaña.

Se moría solo, triste y lentamente. Sin las dos niñas del tio Juan, Diana y Elena de Penhoel, que iban diariamente á sentarse á la cabecera de su cama, hubieran trascurrido semanas enteras sin que un ser humano pasara el dintel de la puerta de su cabaña.

A veces, al verlas aparecer bellas y cariñosas co-

mo un rayo de consuelo divino, recobraba el barquero su sonrisa.

Pero otras vecesse bajaban sus párpados, cubriendo su rostro un velo de dolor triste y silencioso.

Sus facciones inmóviles adquirian entonces como una espresion de piedad.

Oraba en voz baja, y en medio de su plegaria se escapaban de sus labios estrañas palabras. Hubiérase dicho que veía ya á las dos jóvenes muertas y en el mismo ataud, porque en lugar de pedir á Dios su felicidad en el mundo, le rogaba por el reposo de sus almas durante la eternidad.

Unia sus enflaquecidas manos, pronosticando desgracia á todo lo que llevaba el nombre de Penhoel.

Pero el viejo Benito Haligan estaba loco desde hacia mucho tiempo; todos sabian esto.

Nadie se habia quedado sin oírle decir que su enfermedad provenia del jóven Mr. Roberto de Blois, y de su criado Blas.

Desde aquella noche de tempestad en que habia subido á la barca por no abandonar al Sr. de Penhoel, no se habia vuelto á levantar.

A Dios gracias, el señor de Penhoel, que hubiera debido compartir el mismo mal, se sentía perfectamente, y nunca se habia visto entenderse mejor dos amigos que él y el jóven Mr. Roberto de Blois.

Dejaban hablar al anciano brujo, que iba muriéndose de vejez.

Puede asegurarse que no habia uno entre los ale-

gres bailarines que danzaban y se mezclaban cerca de la sidra, que se acordara de él.

El fuego ardía, se apuraba la sidra.... ¡Viva el rey y las muchachas bonitas!

Y viva también el ausente, porque esta fiesta de Luis no era únicamente para el rey.

El primogénito de Penhoel se llamaba Luis como el rey, y había allí ancianos aldeanos que vaciaban los vasos á su memoria con mucha más frecuencia que en honor de su majestad.

Delante de la puerta de la cerca, un grupo de graves ancianos, presidido por maese Geraud, posadero de Redon, hablaba de Mr. Luis sin cansarse, con esa melancolía feliz de las gentes que aman y sienten.

No se pronunciaba una vez el nombre de Luis de Penhoel que no fuera con voz conmovida.

Cada uno reunía sus recuerdos: referíase una anécdota contada cien veces, un rasgo de valor, una prueba de buen corazón, una alegre calaverada....

Era el día de San Luis.

Aquel pertenecía á Penhoel mucho antes que el rey de Francia hubiera recobrado su trono. Hacía diez y ocho años que el joven señor había partido, y aquel día estaba consagrado á su recuerdo. Los antiguos marineros que habían servido á las órdenes del comandante, los antiguos compañeros de Mr. Luis, se reunían todos los años para hablar del buen tiempo pasado.

¡Qué gran cazador!.... Conociase el sonido de

su trompa desde lo largo de los pantanos hasta la confluencia del Oust y del Vilaine. Corría más que los andarines de San Vicente. En la lucha había medido el suelo á los que habían conseguido el triunfo en Saint-Pern y en Questembert.

Era el que lanzaba la barra más alto y más lejos: siempre él en el *papegault* era la bala de su escopeta la que daba siempre en el blanco.

Y cuando había ganado el premio de la lucha, el de la carrera, el del blanco y hasta el de la barra.... ¡ah! nadie había olvidado aquello.

—Toma, maese Geraud el pañuelo, de cuello; es para tu mujer.... Maturino, tú eres pobre y te pertenece el carnero.

Y la bolsa bordada de lana encarnada para uno, el alfilerero de acero para otro, para la más hermosa la gorra de seda.

¡Oh querido señor!....

A medida que se hablaba se hacía más y más numeroso el grupo. Se aproximaban algunas mujeres; también ellas tenían sus recuerdos. Los jóvenes iban á escuchar la narración de los ancianos, y cuando maese Geraud, húmedos los ojos y trémula la voz, levantaba su vaso á la memoria de Luis de Penhoel, preguntaban los jóvenes:

—¿Tenía Mr. Luis el puño más vigoroso que Vicente? ¿el pié más ligero, más segura la mano y el corazón más generoso?

¡Ay! también Vicente había abandonado la casa de su padre. Decíase que había marchado para ha-

cerse morinero á bordo de un buque real.

¡Vicente, el sobrino del comandante de Penhoel, marinero como el hijo de un pobre hombre!

Todos anhelaban cerrar los ojos y querer andar, pues habia en torno de aquella familia tan querida como una desgracia. René de Penhoel permanecia en el castillo, rico todavía y respetado; pero los que habian conocido al ausente, decian, aunque en voz baja, que la verdadera gloria de Penhoel habia muerto.

## XIV.

## LA FIESTA.

(CONTINUACION.)

En el momento en que habian encendido los fuegos artificiales, se habian desdeñado los nobles huéspedes del castillo de mezclarse, siguiendo la costumbre, á las danzas aldeanas: luego se habia separado la fiesta en dos campos: aldeanos y aldeanas habian continuado saltando al aire libre, mientras que los caballeros de ilustre cuna proseguian el baile con sus damas en un salon de césped preparado en medio del jardin.

Nuestro amigo Blas, adornado y con cara grave, presidia la fiesta de los aldeanos. Todo el mundo llamaba Mr. Blas respetuosamente: llevaba un